

*LA ÚLTIMA PARROQUIA ANTES DE
AMÉRICA*

JUAN MORO

1ª edición en *La Mirada Malva*, 2008

Colección Mirada Narrativa 05

© Juan Moro, 2008

© *La Mirada Malva*, 2008

Diseño de portada: Mauricio Pontillo Gálvez

Reservados los derechos de esta edición para

Editorial *La Mirada Malva*

c/ Vitoria nº 6, 28223 Pozuelo de Alarcón

Madrid – España

Teléfono (34) 915 189 899

www.miradamalva.com

ISBN-13: 978-84-935205-9-5

ISBN-10: 84-935205-9-4

DL.: SE-

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impresión Publidisa

Impreso en España

La presente edición se compone de dos partes, *Gato encerrado* y *La dama de la galerna*, obra premiada con el Ópera Prima de Narrativa, bajo el título de *El reflejo*. El premio fue convocado por la Asociación Colegial de Escritores de España en 1983 y fallado el día 19 de diciembre por un Jurado compuesto por Antonio Beneyto, Jesús Fernández Santos, Antonio Ferrés, Meliano Peraile y Mercedes Salisachs, actuando como secretario Gregorio Gallego y como presidente Ángel María de Lera. La obra fue editada por *Tiempo de Ediciones*.

ÍNDICE

La dama de la galerna Página 7

Gato encerrado Página 151

La montaña Página 153

Primera semana Página 159

Segunda semana Página 215

Tercera semana Página 263

Cuarta semana Página 311

A veces llegan cartas... Página 353

LA DAMA DE LA GALERNA

*Se puede conocer a una ciudad paseando por sus
calles, emigrando, bebiendo en sus tabernas y
también, por supuesto, de otras cien mil maneras...*

(José Agustín Goytisolo: Bilbao Song)

Renuncio a escribir. De todas formas nadie iba a creer mi historia. Me dirían que estoy pasando por un mal momento, que tenga paciencia, que el tiempo lo cura todo. Achacarían a la niebla, a la lluvia, al opresivo ambiente norteño mis dislates. Me tacharían de paranoico: Gerardo Gutiérrez, manipulador de fantasmas familiares, animador de demonios íntimos, asesino de sombras chinescas, asesino de sombras... Las sombras te persiguen, se pegan a la suela de tus zapatos, juegan con la luz, se contraen, se despliegan, se extravían en los charcos de las calles, suben y bajan por las paredes, existen. Pero no se puede matar a una sombra. Las sombras no tienen sangre.

Me siento en la mecedora y me balanceo lentamente frente a la bahía. Las nubes pasan enloquecidas, impulsadas por urgencias irresistibles, ensombreciendo a ráfagas las diminutas islas. ¿Tienen sangre las nubes? El viento penetra en el viejo caserón por las rendijas y hace crujir las maderas. La lluvia se estrella contra el cristal y, a través del agua pulverizada, puedo ver un sol mortecino que se asoma a hurtadillas entre dos nubes. Froto pausadamente mi mano derecha contra la rodilla y acompaso el roce al vaivén de la mecedora. Canto suave, muy suavemente y me acuno. Me voy encogiendo, reduzco mi tamaño con

el avance del interminable crepúsculo atlántico; soy ya un feto diminuto a punto de recobrar su inocencia original. Ya está: ya debe estar limpia. Como todos dicen habrá sido una alucinación. Despliego la mano ante mí. Un último rayo de sol se filtra por el ventanal y la siluetea. La acerco a mis ojos. La palma está atravesada por surcos que se entrecruzan y se retuercen. En cada uno de ellos, incrustadas profundamente, inaccesibles al jabón, a la lejía y al aguarrás, resistentes al continuo frote de la mano contra la rodilla, hay mil partículas rojas: la sangre de un fantasma, la sangre de una sombra.

La cama saltaba y se estremecía. Di la vuelta a la almohada y me tumbé por enésima vez sobre el costado derecho. Propiné un puntapié a las mantas y me incorporé sudoroso y palpitante. Extendí el brazo y me serví un nuevo vaso de agua tibia con sabor a moho. Pasé revista a mis dolencias, las alineé, permuté sus posiciones, las clasifiqué por orden de gravedad decreciente —dolencias incurables, crónicas, muy graves, o simplemente graves—, comparé sus síntomas, me tomé el pulso y por fin, diagnosticué que mi único mal definido era la soledad. Dado que no se conocía ningún remedio infalible contra ella, cancelé la hipocondría y bostecé aparatosamente.

No estaba claro si hacía frío o calor. Me acerqué gateando a la ventanilla y la bajé. El tren describía una lenta curva a lo largo de un angosto desfiladero. Se oyó un silbido fúnebre y la máquina embistió la negrura de un túnel. El chirrido de las ruedas frenadas resonó en las paredes del agujero. El tren volvió a silbar prolongadamente, y el eco del sonido se retorció y se transformó en un alarido de terror. Forcé en vano mis ojos en las tinieblas. El tren salió del túnel. Me asomé. A mi derecha se movió algo. La luz de la luna en cuarto creciente se reflejaba en dos diminutos espejos que la proyectaban hacia mi rostro. Instintivamente alcé mis manos con las

palmas hacia afuera para proteger mi identidad amenazada por los transmutados rayos lunares. Me retiré precipitadamente y subí el cristal, jadeando a cada vuelta de la manivela. Acosado por temblores me arrebujé entre las mantas, encendí un pitillo e intenté calmarme. Inmerso en el duermevela de la larga noche era incapaz de discernir si era cierto o imaginado aquel grito de agonía; si unos oídos aletargados por el sueño y martirizados por el traqueteo de las ruedas podían confundir el eco de un silbido con un desesperado lamento terminal; si la luz de la luna podía transformarse en una sonda inquisitiva que pretendiese entrar en mi mente para despojarla de todas las defensas fabricadas a lo largo de años de desilusiones y analizar impunemente mis últimas motivaciones, mis vergonzosos e inconfesados designios.

Dejándome llevar por el ritmo de los ejes, consumí cigarro tras cigarro y conseguí alcanzar un difícil equilibrio entre el terror lunático y la necesidad de sobrevivir un día más impresa en mis genes. El zumbido del teléfono me sorprendió adormilado, con la cabeza apoyada en un libro y una colilla humeante entre los dedos.

—Buenos días. Acabamos de pasar Orduña.

Agradecido a la llamada liberadora me incorporé. Alcancé una situación inestable entre la litera y el proyecto de lavabo luchando contra los bandazos del tren que, desbocado, intentaba recuperar algo del retraso acumulado en las rampas del descenso. Conseguí rasurar mi cara sin malherirla demasiado. Intenté igualar mis patillas. Una cara escéptica en la que el paso de los años y la rutina

habían modelado una máscara desencantada me miró con desaprobación. Aquello no había quien lo arreglara y tampoco veía el objeto de arreglarlo. Unas patillas desiguales, un rostro desigual, unos dientes desiguales. Completé el lamentable cuadro con una camisa de cuello rozado, un traje azul desgastado y brillante y una corbata que no comprometía a nada.

Salí al pasillo. Una turba de impacientes ejecutivos con sus portafolios de serie en la mano se arremolinaba ante las puertas del vagón. Me miraron displicentes. Cualquier parecido entre su casta y la mía era pura coincidencia. Posiblemente se preguntaban qué clase de piratería informática había permitido a un paria como yo adquirir un pasaje en las camas climatizadas del Costa Vasca. Opté por ignorarlos y me dediqué masoquista al paisaje. Hileras de pisos sucios y uniformes bordeaban la vía. El tren se integró en el último túnel y llegó a la estación. Dejé que los precipitados esclavos de la *City* se lanzaran en veloz carrera en pos del infarto de miocardio. Comprobé que los vampiros, Mr. Hyde, el Sacamantecas y la Bruja Piruja se habían evaporado y comencé a estibar mis pertenencias en la bolsa de viaje. Pijama, pócimas y ungüentos varios, trastos de afeitar, libro de Zubiri para enseñar y revista pornográfica para leer. Constaté que el andén había quedado despejado de siervos de multinacionales, me eché la astrosa gabardina de puro sintético virgen sobre los hombros y me bajé del wagon-lit gran lujo especial subrepticamente, no fuera a ser que me denunciaran por usurpación de clase social.

Entré en la cafetería de la estación, trepé a

una banqueta y solicité la merced de un descafeinado con leche y una tostada. Encendí un cigarrillo, más por aburrimiento que por ganas de fumar e intenté poner en orden mis ideas, a sabiendas de que no me iba a servir de mucho. Había que visitar a la madre de Luis Larrazábal para lo de la caja de seguridad. Asunto de cuarta categoría, como todos los que encargaba el bufete a un abogado de cuarta categoría, como yo. Con suerte, todo resuelto en un día y a Madrid otra vez en el tren de la noche. Me interesé por las coordenadas de la calle Rodríguez Arias. No había pérdida. Plaza Circular, Gran Vía, Plaza Elíptica y primera a la derecha. Si tendría dudas, preguntar o así. Pagué la dolorosa y negocié con mi cartera la posibilidad de fletar un coche de punto para la travesía. Supuse con fundamento que el bufete iba a considerar suntuoso tamaño dispendio, me encogí de hombros y me zambullí tiritando en la humedad cantábrica.

Se puede conocer una ciudad paseando por sus calles, emigrando, bebiendo en sus tabernas y también, por supuesto, de otras cien mil maneras. Yo estaba empezando a conocer Bilbao y ya estaba seguro de que jamás la iba a volver a ver como entonces: siniestra, con aire medio inglés y derrotado, embozada en la niebla que se desbordaba sigilosa de la ría, empapelada con mensajes contradictorios, con sus habitantes agazapados en la desconfianza. Describí un círculo alrededor de la Plaza Circular y recorrí lentamente la Gran Vía. Me fui asomando a cada escaparate sin conseguir ver más que los reflejos de lentas caravanas de coches con los faros encendidos, acompañándose solidarios a su propio entierro. Sombras apresuradas y furtivas, bajo negros paraguas, me escoltaban y me rebasaban sin mirarme, evitando cuidadosamente el contacto. Preventivamente me reconocí presunto culpable, sospechoso de innumerables delitos y alienígena horrendo, pero no pareció importarle a nadie. Por lo menos agradecí que la misantropía ambiental me relegara al papel de amable amante del prójimo.

Rodeé elípticamente la Plaza Elíptica e hice un alto ante una tienda de música que ocupaba toda la esquina. Curioseé en el escaparate. Medio oculto entre vulgares artefactos electrónicos, un sitar se descoyuntaba majestuosamente, ofreciendo

una barroca amalgama de clavijas curvas, cuerdas y trastes incomprensibles que sugerían escalas y modos ajenos a oídos bien temperados. Un ramalazo de lluvia salpicó el cristal. Dos gotas descendieron lentamente, se detuvieron un momento frente a mis ojos y proyectaron hacia ellos el reflejo de algo conocido y perturbador; de nuevo las sondas curiosas que hurgaban en lo más recóndito de mi persona. Me volví con rapidez. Una leve forma femenina, tocada con un ancho sombrero y cubierta con una larga capa oscura se escabullía entre los indiferentes paraguas. Renuncié a la persecución. ¿Quién me garantizaba que aquella visión no era un subproducto de la niebla o una fabulación de mi propia mente excitada aún por el insomnio?

Reanudé mi peregrinaje. En la esquina, un grupo de policías enarbolaba descuidadamente sus armas, con las espaldas guardadas por una tanqueta. Temeroso de ser descuartizado por güelfos, gibelinos o por todos a un tiempo y sin que me consolara lo más mínimo la perspectiva de una homilía condenatoria de violencias rebeldes e institucionales ante mi cuerpo presente, aceleré el paso. Luchando con la niebla comprobé la numeración de los portales hasta localizar mi punto de destino. El edificio debió tener cierta prestancia cincuenta años atrás, pero la incuria y el clima habían martirizado su fachada. Los miradores de madera se sostenían milagrosamente y una larga grieta profetizaba una pronta ruina. Entré en la casa. Una vieja diminuta me miró desde la portería con ojos acuosos y ni siquiera hizo ademán de interesarse por las causas de mi irrupción. Le devolví el desinterés, desdeñé un aparato elevador

que colgaba de un cable despeluznado e inicié la ascensión de los escalones de madera carcomida. Llegué jadeando al tercer piso, hice propósito de renunciar al tabaco, deseché de inmediato semejante majadería y golpeé tres veces con una aldaba que hizo retemblar una puerta enorme y repintada.

La mirilla se descorrió y una cara arrugada, enmarcada por unos pelos blancos y lacios, me miró temerosa:

—¿Qué desea?

—¿Doña Edurne Gangoiti?

—Es mi hermana. ¿Quién es usted?

—Me llamo Gerardo Gutiérrez. Represento al bufete de Don Moisés Barbero, de Madrid. Debo tratar con Doña Edurne algunas formalidades referentes al fallecimiento de su hijo.

La mirilla se cerró bruscamente y unos pasos almohadillados se perdieron presurosos. Conté hasta diez, encendí un cigarro, decidí no perder la paciencia, la perdí de inmediato y sacudí dos aldabonazos que debieron terminar de agrietar el edificio. Los pasos retornaron y, tras unos segundos de cuchicheos sibilantes, comenzaron a descorrerse cerrojos. Conté cuatro por lo menos. La puerta se entreabrió lo que permitía una gruesa y oxidada cadena que debía haber servido originalmente para anclar una gabarra, y una cara que sólo se distinguía de la anterior por unas gafas de gruesos cristales, se asomó por la rendija.

—¿Era usted amigo de Koldo?

—¿Koldo?

—Koldo, Koldovica, Luis...

—No, señora. Apenas si lo conocí. El bufete

en el que trabajo me envía para dar cumplimiento a sus últimas voluntades.

—Dios mío, Dios mío, por fin algo suyo, una noticia, una explicación...

Con manos temblorosas, la anciana abrió la cadena, acosada por su hermana que lanzaba una cascada de funestos presagios.

—Pase, pase, por favor. Usted parece una buena persona. No le tengo miedo.

Me consoló descubrir que todavía existía alguna mujer que no huía despavorida de mí.

—Sígame, joven, sígame.

Detrás de las dos enlutadas y vacilantes mujeres que se deslizaban ingravidas, me adentré en un pasillo oscuro y lleno de recodos, haciendo retemblar el entarimado con mis pisadas, hasta desembocar en una amplia sala atestada de muebles y cachivaches. Fui amablemente depositado en una mecedora empotrada entre una máquina de coser y una pajarera vacía.

—¿Le acerco la estufa, Don Gerardo? —denegué con la cabeza temiendo que los vahos del gas terminaran de nublar mis entendederas—. En invierno hacemos la vida aquí, ¿sabe?; es la habitación más caliente. Amadeo, mimosón, ven conmigo.

Un gato cojo se frotó contra mi espinilla sin ningún pudor y luego trepó a duras penas al regazo de Doña Edurne.

—Amelia, calienta un poco de café para Don Gerardo. Es de puchero, pero no le importará a usted, ¿verdad?

La letanía profética se perdió por el pasillo

entre augurios de tifones, vendavales, pedriscos, heladas e inundaciones levantinas.

—No haga usted caso a Amelia. Siempre fue muy depresiva, al contrario de lo que me pasa a mí, que soy un cascabel. Incluso ahora, que todo son malas noticias, siempre tengo alguna esperanza. Dígame —acercó su silla mientras Amadeo me miraba gélidamente—, usted no cree que Koldo haya muerto, ¿verdad? Es otro de sus trucos, ¿no?

—Mucho me temo, señora, que no quede ninguna duda sobre el fallecimiento de su hijo. Ha sido completamente identificado. La explosión de la bomba destrozó su cuerpo, pero respetó su cara. Perdone... —me maldije por mi falta de tacto; Doña Edurne se aferraba frenéticamente al gato mientras la parte izquierda de su cara se contraía con violencia.

—No se preocupe —susurró con esfuerzo—. Ya se me pasa. Soy una tonta. Koldo era un tarambana, siempre rodando de aquí para allá, metiéndose en líos, apareciendo y desapareciendo como un fantasma, pero era lo único que me quedaba desde que murió mi marido. Bueno, y Amelia, siempre quejándose, siempre triste. Hace un mes que lo de Koldo salió en los periódicos, pero yo no me fío de los periódicos. ¿Y usted?

—Yo no los leo, señora.

—La última vez que supe de él fue hace dos años. Me llamó por teléfono desde Hendaya y me dijo que estaba bien y que no me preocupara; que hacía una vida un poco rara por lo de la policía y todo eso, pero que se cuidaba y ya ve usted, ahora... —inclinó la cabeza y se estremeció espasmódicamente. Doña Amelia retornó con un tazón de café, me lo dio sin

mirarme y gruñó enojada.

—Todos ustedes son iguales. Van a acabar con ella. No tienen compasión.

—¿Ustedes?

—Primero, la policía, luego, los periodistas y por fin, ellos, preguntando y preguntando. Ahora usted con la misma monserga. ¿De qué parte está? ¿De la de los que le mataron? ¿De la de los que pagaron para que le mataran? ¿De la de los que no impidieron que le mataran? ¿De la de los que se alegraron de que le mataran? ¿De la de los que utilizaron su muerte como excusa para seguir matando?

—Yo no estoy de ninguna parte.

—¡Mentira! Aquí todo el mundo está de alguna parte.

—¡Basta, Amelia! El señor no es de aquí.

—Excúsenos, Don Gerardo. Comprenderá que estamos muy nerviosas. Me dijo que tenía algún encargo de Koldo para mí.

—Así es. Hace medio año, aproximadamente, el señor Larrazábal compareció en nuestro bufete y me hizo entrega de la llave de una caja de seguridad de la central del Banco de Bilbao. Me encomendó que, en caso de fallecimiento, entrara en contacto con usted y le entregara los objetos que se custodian en dicha caja. Le acompañé a un notario para que otorgara un poder a mi favor, haciendo constar sus deseos, abonó la minuta y se fue.

—¿Qué le dijo? ¿Cómo estaba? Qué tontería, qué importará ya eso...

—Parecía en buena forma física. Hablamos muy poco. Le pregunté que cómo me enteraría

de su fallecimiento y se rió y dijo que sería muy comentado.

—¿Qué hay en la caja?

—Mi misión se reduce a abrirla en su presencia y a entregarle todo lo que haya dentro.

Tomé un sorbo de café y encendí un pitillo. El silencio se extendió por la sala. Doña Edurne, con la cabeza baja, retorció frenéticamente sus manos. Doña Amelia, en un rincón, entrelazaba rítmicamente dos inmensas agujas de hacer calceta. Una ráfaga de lluvia se estrelló contra las ventanas y la habitación se ensombreció. El humo del cigarro se movió a merced del aire que penetraba por las rendijas de los viejos miradores, hasta que formó una cortina neblinosa delante de un desconchado espejo. Distraídamente observé el fenómeno: el humo se diluía confundándose con la penumbra y enredándose en las volutas del historiado marco. Me sentí incómodo. Algo frío y candente, insistente y voluble, reverencial y desdeñoso, acusador y suplicante, se reflejaba en mis ojos reflejados en el espejo. Desvié la mirada horrorizado y me encontré con las pupilas de Amadeo que apartó la cabeza, como cogido en falta. Me levanté de un salto temblando y el café se derramó sobre la cabeza del gato. Amadeo se encogió erizado y se proyectó violentamente hacia mi cara. Levanté mi mano derecha instintivamente y recibí en su dorso el zarpazo que buscaba mis ojos. Succioné con los labios la sangre que manaba de mi herida, mientras el gato se perdía cojeando por el pasillo y las viejas se persignaban una y otra vez musitando inaudibles invocaciones euskéricas.